

KASCHNITZ, Marie Luise: *Lugares (apuntes)*. Trad. de Fruela Fernández. Pre-Textos: Valencia 2007. 247 pp.

“La edad no es un calabozo para mí, sino un balcón desde el que todo se ve más distante y más preciso” (p. 142). Entre poema largo, diario, carta dirigida al amado desaparecido y loa en prosa en su honor, *Lugares (Orte)*, de Marie Luise Kaschnitz es un libro de estampas. Mosaico de suturas frágiles, cada tesela, cada entrada de este quasi diario, sí lo miramos de cerca, nos hace consciente del gesto a

ata, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you

provided by Portal de Revistas Científicas

forma un todo, cuyo denominador común es “lugares”, un sustantivo, en plural.

“Una colección de postales, no el Monte Cervino, ni la radiante Brujas, sino lugares más bien desconocidos, una duna en Cirene, un arroyito en Inglaterra, nunca se irá allí, y, sin embargo, se alzarán, enlazarán en esa cadena, no tan larga, de enigmáticas fascinaciones, bellas lejanías, tal vez no especialmente bellas, pero más, vistas en otra vida” (p. 148). *Lugares* es una colección de estampas hecha de lugares de los que se apropia la mirada personal de Kaschnitz. Roma, Copacabana, Frankfurt, Königsberg, Menton, Viena, Hamburgo, Estambul, Nápoles, Catania, Ankara, Agrigento... La lista de ciudades que puebla esta colección de postales tiene la amplitud de un libro. *Lugares* organizados en torno a un punto cardinal que no es el Norte: “El Norte es un punto cardinal que no ha existido en toda nuestra vida, que fuera el único marcado en la brújula es algo que me ha sorprendido desde niña” (p. 232). *Lugares* transita por todos los puntos cardinales, pero para sobre todo en el Sur, en Italia. Eso sí –y a pesar del título– esta colección de estampas va más allá de una organización geográfica: la lógica que organiza estos espacios depende de una sola brújula: la intimidad de un nosotros.

Nosotros: Marie Luise Kaschnitz y su marido Guido Kaschnitz von Weinberg, arqueólogo, catedrático en Königsberg, Marburg y Frankfurt, y, finalmente, director del Instituto Arqueológico Alemán en Roma. Marie Luise lo acompañará hasta su muerte, llevando así la existencia nómada a la que le obliga la profesión de su marido. Su vida, a partir de su enlace, será un constante movimiento, un constante museo: “Todos los museos que mi esposo visitó por razones de estudio, y que yo visité con él, han ido creciendo juntos en mi recuerdo hasta formar uno solo [...]” (p. 172). *Lugares* es un museo de vistas, de acercamientos personales a espacios, a objetos, a la música, al teatro, la cultura. La trabazón que los une es tan frágil como la propia vida, como lo es en un museo la mirada de un lego frente a la del estudioso. Y como museo está dedicado al recuerdo.

“Cómo eras, de verdad, me pregunto a veces, y deseo aferrar tu ser, ponerle una etiqueta, para no acabar perdiendo algo importante del recuerdo” (p. 177). Como si Orfeo y Eurídice se hubieran intercambiado los papeles, se hubieran dado la oportunidad de mirarse con los ojos del otro, Kaschnitz reflexiona constantemente en sus apuntes sobre temas eternos relacionados siempre e indefectiblemente con la muerte.

“Cuándo, dónde. Ocuparse de la propia muerte, la personal, bosquejarla, sus incontables posibilidades, por agua, por tierra y por aire, por supuesto también en la cama” (p. 202). La muerte le da una profundidad especial a la bidimensionalidad en primera persona del plural de esta colección de espacios. No sólo por el hecho de que la muerte de su marido Guido implique tanto en estas notas de Marie Luise Kaschnitz, sino porque estas reflexiones autobiográficas tienen a este término vital como punto de fuga común. Una muerte proyectada en una ciudad soñada, suma de lugares vividos (“Construyo para nosotros una ciudad soñada, allí nos encontraremos, altos edificios de hermosos colores, de muchas ventanas con terrazas, con jardines colgantes, con mucho espacio entre ellas, parques como en Londres, llenos de rebaños, con pinares, como Roma en la época de Goethe [...]”, p. 198), que hace de este juego de recuerdos, de este pasado presentado, una sucesión de “casos eminentes” en el sentido goethiano. “Sopeso mi vida” (p. 202): leyendo *Lugares* no nos topamos con un anecdotario, sino con momentos de calado especial que, aunque parten de la biografía, van *más allá*.

O más acá: “En una especie de alfabeto negro ordeno todas las cosas que me han aterrado o que aún me aterran, las encierro, las vuelvo inofensivas como cosas dentro de una caja que se lanza al mar” (p. 190). Multitud de miedos salpican las páginas de *Lugares*: terrores de la guerra, de la infancia, el miedo a volar... Son la otra cara de la intimidad de estas estampas, el lado terriblemente humano, la otra eminencia de estos casos autobiográficos expuestos a la mirada del lector. Porque forman parte del día a día, tienen cabida en esta colección: son la huella de la relación problemática de un individuo con el mundo que le rodea.

Porque *Lugares*, en definitiva, es un volumen que sigue la tradición del diario moderno inaugurada por los *Sudelbücher* de Lichtenberg, que vemos continuada en los diarios de Hebbel, o en Kafka, Gide... Y sobre todo en Canetti: el conflicto entre vida y medio que se plantea en todos ellos se lleva especialmente por la vía más personal de un autor como el ubicuo Canetti. La claridad de la prosa de Kaschnitz, la fuerza de sus imágenes, la intimidad que se advierte en cada estampa, refuerzan esta observación. Pero siempre mantendrá la base aforística universalizante de los *Sudelbücher* de Lichtenberg o de los *Tagebücher* de Hebbel.

La inteligente traducción del poeta Fruela Fernández ha sabido entender *Lugares*, no sólo por haber mantenido el pulso del ritmo vivo y la inmediatez de estos apuntes, sino por lo riguroso de su trabajo. Su esfuerzo por hacer inteligible al lector en lengua castellana este mosaico de impulso centroeuropeo, le ha llevado a acompañar la traducción con un utilísimo apéndice alfabético con términos, nombres y *Lugares*.

Javier SÁNCHEZ-ARJONA